

los zapatos, el justillo al lado del traje y las contempló una tras otra diciendo para sí:—Este era su tamaño; tenía la muñeca en los brazos, había guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reía, íbamos los dos asidos de la mano, sólo contaba conmigo en el mundo.

Al llegar aquí, su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho: aquel viejo corazón estoico pareció romperse; su rostro se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si alguien hubiera entonces andado en la escalera, habría oído terribles sollozos.

IV

IMMORTALE JECUR

La antigua y formidable lucha, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo.

Jacob no luchó con el ángel más que una noche. ¡Ay! ¡Cuántas veces hemos visto á Juan Valjean luchando en medio de las tinieblas á brazo partido con su conciencia!

¡Combate inaudito! En ciertos instantes el pie se desliza, en otros el suelo se hunde. ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándole hacia el bien, le había comprimido y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad inexorable le había hincado la rodilla en el pecho! ¡Cuántas veces, derribado á impulso de la luz, había implorado de ella el perdón! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado, mientras deseaba ser ciego! ¡Cuántas veces, en lo más crudo de la lucha, se había vuelto á levantar, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, ya señor, ya esclavo de esa conciencia! ¡Cuántas veces, después de un equívoco, después de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, había oído á la conciencia gritarle:—¡Zancadilla! ¡Miserable! ¡Cuántas veces su pensamiento refractario se había agitado

convulsivamente bajo la evidencia del deber! Resistencia á Dios. Sudores fúnebres. ¡Qué de heridas secretas, que él sólo veía destilar sangre! ¡Qué de llagas en su lamentable existencia! ¡Cuántas veces se había erguido sangriento, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperación en el corazón y la serenidad en el alma! Vencido, se sentía vencedor. La conciencia, después de haberle atormentado, formidable, luminosa, tranquila, le decía:—¡Ahora, ve en paz!

Pero ¡ay! ¡Qué lúgubre paz, después de una lucha tan sombría!

La conciencia es, pues, infatigable é invencible.

Sin embargo, Juan Valjean conoció que aquella noche empeñaba su postrer combate.

Presentábase una cuestión dolorosa.

Las predestinaciones no van siempre en derecha; no se desarrollan siempre en línea recta ante el predestinado, sino que tienen callejones sin salida, travesías oscuras, encrucijadas alarmantes por la dificultad de la elección.

Juan Valjean se había detenido en la más peligrosa de estas encrucijadas. Había llegado al supremo punto en que se cortan las sendas del bien y del mal. Tenía á la vista esta tenebrosa intersección. Como le había sucedido en otras peripecias dolorosas, dos caminos se abrían ante él, uno lleno de atractivos, otro de terrores. ¿Por cuál debería decidirse?

Señalábale el segundo ese misterioso dedo indicador, que todos percibimos cuando fijamos la vista en la sombra.

Juan Valjean tenía que escoger una vez más entre el terrible puerto y la sonriente emboscada.

¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡Cosa horrible! ¡Un destino incurable!

La cuestión era esta:

¿De qué manera iba á conducirse Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y Mario? Él era quien había hecho aquella felicidad, por más que le destrozase las entrañas; y á la sazón, contemplándola, podía sentir la satisfacción que sentiría un armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo, sacándolo humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo; tenían todo, hasta riqueza. Y era obra suya.

Pero una vez formada, una vez existente aquella dicha, ¿qué le correspondía hacer á Juan Valjean? ¿Imponérsele y tratarla como cosa que le pertenecía? Cosette era ya de otro; pero ¿retendría Juan Valjean todo lo que podía retener de la joven? ¿Continuaría siendo la especie de padre que había sido hasta allí? ¿Se introduciría tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Uniría sin decir palabra su pasado á aquel porvenir? ¿Presentaría, como asistido de un derecho, para sentarse, velado el rostro, junto á aquel luminoso hogar? ¿Cogería, sonriéndose, la mano de aquellos inocentes en sus dos manos trágicas? ¿Pondría á calentar en la chimenea del salón Gillenormand sus piés, que arrastraban en pos de sí la infamante sombra de la ley? ¿Entraría á participar de la suerte reservada á Cosette y Mario? ¿Espesaría la obscuridad sobre su propia frente é iría á esparcir una nube en la de aquellos jóvenes, á intercalar su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Persistiría en su silencio? En una palabra, ¿sería al lado de aquellos dos seres dichosos el siniestro mudo del destino?

Es preciso estar habituado á los golpes de la fatalidad para atreverse á alzar los ojos cuando ciertas cuestiones se presentan en su horrible desnudez. El bien ó el mal se hallan detrás de este severo punto de interrogación. ¿Qué vas á hacer? pregunta la esfinge.

Juan Valjean tenía el hábito de la prueba y miró fijamente la esfinge.

Examinó el terrible problema en todas sus fases.

Cosette, divina criatura, era la tabla de salvación de aquel naufrago. ¿Qué debía hacer? ¿Asirse fuertemente á ella, ó soltarla?

Si lo primero, se libraba del desastre, tornaba á ver la luz, el agua salada se escurría de sus vestidos y de sus cabellos, se había salvado, vivía.

Si lo segundo, entonces el abismo.

Aconsejábale de este modo dolorosamente con su pensamiento. Mejor dicho, combatía furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con sus convicciones.

Fué una dicha para Juan Valjean haber podido llorar. Esto, quizá, le iluminó. Al principio, no obstante, la tempestad tomó un aspecto horrible, desencadenándose con más violencia que la que le impulsó hacia Arras. El pasado reaparecía ante él; comparaba y sollozaba. Una vez abierta la esclusa de las lágrimas, aquel desesperado se sintió como detenido.

¡Ay! En el pugilato entre el egoísmo y el deber, cuando retrocedemos así paso á paso ante nuestro ideal inmutable, extraviados, encarnizados, exasperados por tener que ceder, disputando el terreno, esperando una fuga posible, buscando una salida, ¡qué brusca y siniestra resistencia la del pie de la muralla que surge detrás de nosotros!

¡Sentir el obstáculo de la sagrada sombra!

¡La obsesión inexorable de lo invisible!

La conciencia no desiste jamás. Bruto, Catón, adoptad el partido que queráis. La conciencia no tiene límites, siendo, como es, Dios. Se arroja en ese pozo el trabajo de toda la vida, la fortuna, la riqueza, los triunfos, la libertad, la patria, el bienestar, el reposo, la alegría. ¡Es poco, es poco aún! ¡Vacíad el

vaso! ¡Verted la urna! Aún es poco. Será preciso que acabéis por arrojar el corazón.

En la espesa bruma del infierno antiguo, hay un tonel parecido á este pozo.

¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿Puede haber derecho en lo inagotable? Las cadenas que no concluyen nunca ¿son acaso compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaría el que Sísifo y Juan Valjean gritasen: ¿basta?

La obediencia de la materia está limitada por el frotamiento. ¿No habrá un límite á la obediencia del espíritu? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpetua?

El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era lo de Champmathieu al lado del casamiento de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué valía lo de volver á presidio en comparación con la nada en que ahora iba á sumirse?

¡En el descenso, la primera grada es sombría, la segunda es negra!

¿Cómo no apartar entonces el rostro?

El martirio es una sublimación: sublimación corrosiva. Es un tormento que santifica. Puede consentirse en él al principio; sentarse en el trono de hierro candente, ceñirse la corona de hierro candente, aceptar el globo de hierro candente, empuñar el cetro de hierro candente; pero aún falta vestir el manto de llamas; y no llega un momento en que la carne miserable se rebela y en que abdica el suplicio?

Juan Valjean entró, por último, en la calma de la postración.

Pesó, meditó, consideró las alternativas de la misteriosa balanza de la luz y la sombra.

Imponer su presidio á aquellos dos hermosos jóvenes, ó consumir su irremediable anonadamiento. A un lado el sacrificio de Cosette; al otro el suyo.

¿Cuál fué su resolución?
¿Cuál fué la respuesta definitiva que dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Entre aquellos abismos insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección?

Su meditación vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció hasta el alba en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, anonadado tal vez ¡ay! con las manos contraídas y los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado y colocado allí boca abajo.

Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó subía á las nubes, ya hidra, ya águila.

Viéndole sin movimiento, se le habría creído difunto; de improviso se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, imprimió besos en ellos, señal de que aún vivía.

Unico testigo de aquel inmenso dolor, era el Ser que ve en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO

LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ DE LA AMARGURA